IX.

El toque de diana lo despertó de su sueño inquieto y mal sano; sentía horrible pesadez en su cerebro y su cuerpo todo adolorido en tanto que la garganta la abrasaba una sed angustiosa. Al incorporarse, aquella sensación insoportable se acentuó notablemente; pero el corneta que ya tocaba lista le hizo comprender que era preciso ir á pasarla como todos al frente de su compañía.

Había dormido sobre su capote, en suelo frío y duro al pié de un árbol, cuyas raíces salientes le habían maltratado mucho; apenas pudo estirar las piernas, hizo á un lado el cobertor y como estaba vestido, se puso violentamente el capote y el kepí, y corrió á colocarse al frente de su compañía, en el momento en que el sargento primero daba parte á los oficiales, de las novedades ocurridas.

—¿Y el subteniente Miguel Mercado no puede venir todavía?—preguntó el capitàn impaciente y colérico á un teniente.

—Presente mi capitán, contestó Miguel acercándose.

—Sí, á buena hora llega vd., amigo, ya que se pasó lista!

Quedò aterrado y viendo á todos sus compañeros muy cumplidos levantarse, se asombró que fuesen los que en la noche hubiera visto en el desenfreno de la orgía, porque ya iba recordando todo lo que había pasado.

Despues de la lista desfiló su compañía al *rancho*, ante

el caldero de café humeante. Los oficiales al lado del capitán observaban el reparto.

Mercado se puso sus guantes de lana, se calò la capucha y aterido con el frìo de la madrugada, reflexionó, en pié apoyado en su carabina.

Se acordó de Julia, desconfiada, abriendo la puerta semi-desnuda; luego ella suplicante, èl brutal y....¡oh menguado!....miserable, recordaba aquella posesiòn por la fuerza, la pobre con lágrimas en los ojos cediendo á su infortunio de mujer! Le había dicho que saldrían á las cinco de la mañana para Tomochic y con ese motivo con voz débil para no despertar á la vieja Mariana, le había contado su historia, la abyección y embrutecimiento de su padre proclamado santo por un cabecilla audaz y ambicioso, fanatizando un pueblo ignorante pero altanero y noble que desafiaba obstinado á las fuerzas federales.

Cuando se dieron el último abrazo y el ùltimo beso, el màs dulce y el más amargo, se citaron para el pueblo fuera cual fuese el resultado de la campaña. Ah! y aquella escena extraña de amor en la oscuridad de la guarida del oso, la posesión de su hembra en el mismo lecho del mónstruo, volvía á surgir en su cerebro, con detalles precisos, en tanto que presenciaba el reparto del cafè á la tropa que desfilaba lentamente ante los calderos.

¿Serìa cierto? aquel hombre terrible habrìa podido emprender la marcha tan temprano después de aquella noche báquica?

Fuè lo que quiso saber, y cuando se diò permiso á los oficiales francos para retirarse, se lanzó á la casucha que encontró cerrada.

De los animales que habìa en el corralito que quedaba

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

á un lado, solo encontró una burra vieja y flaca, con la cabeza gacha, inmóvil y meditabunda.

Volvió al campamento, triste y aniquilado por el horrible malestar que sucede á las noches de crápula. Trató de tomar algún alimento y no pudo. Sintió náuseas atroces y desfallecido fué á sentarse en un extremo solitario de la alameda, evocando obstinadamente la noche anterior, extremeciéndose cada vez que pensaba en Julia, primera mujer casta que poseía.

Gran movimiento reinaba, las mujeres de prisa iban y venían cargadas de tortillas, pan, queso, carne y chorizos, y otras las que no se atrevían á seguir la marcha hácia el enemigo, se retiraban tristes y llorosas con la incertidumbre de la suerte de sus hombres.

La marcha debía emprenderse á las tres de la tarde. A las doce y media se dió el primer toque.

Los soldados uniformados de paño azul, hicieron sus maletas en tanto que también los oficiales sugetaban á los kepís los paños de sol ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la Sierra no hallarían ningun alimento.

Algunos soldados del 5º Regimiento llevaron los flacos y mustios caballos de los oficiales, los que empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajandose las cananas que contenían 100 cartuchos cada una.

Por fin á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías; atravesaron el rìo con los pantalones arremangados, y en la ribera opuesta *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza que se les incorporó á poco, fraccionándose todo, en tres columnas.

La primera, compuesta de la segunda compañía del 9º y una secciòn de Seguridad Publiba del Estado, la segunda, de la cuarta de ese batallón y una sección del 11º, y la tercera de 20 ginetes del 5º Regimiento y de los auxiliares reclutados accidentalmente en los pueblos de la comarca, con trajes de paisano, debiendo llevar como distintivo una ancha cinta roja.

Entre la primera y segunda columna marchaba la pieza sobre dos mulas. En suma 500 hombres.

El general José María Rangel seguido de su Estado Mayor y de algunos amigos de confianza de ese jefe, pasó á caballo ante la fuerza que le hizo los honores de ordenanza.

Después hubo que esperar que viniese el general en jefe Rosendo Marquez quien ordenò inmediatamente se rompiese la marcha por el òrden de las columnas.

Y principió la ascención lenta hácia el Oeste, trepando las primeras lomas de la sierra, dejando en el fondo á Guerrero cuyas casas blanqueaban á la orrilla del río que serpenteaba incendiado por los últimos rayos del sol.

Era aquella, en verdad, una tarde explèndida, empapada en luz; al Este el rio reverberaba y al Oeste el camino subìa entre terreno rojizo cubierto de especìsimas malezas.

Una nube de polvo circuía á la columna á cuyo frente empezaron á alzarse los inmensos bosques de la Sierra Madre.

Miguel se puso en pié sobre los estribos de su montura y miró hácia atrás. Aun se veìa la casa de Julia.

Luego todo desapareció tras las primeras asperezas del monte que empezó á mostrar sus grandezas graníticas ves-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

tidas con la regia magestad de la selva.

Quedó absorto ante la belleza de paisajes grandiosos nunca vistos por él y muchas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto abandonando la brida al caballo que subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde le reanimó y ya sereno se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los precipicios por donde trabajosamente y en cierto natural desórden pasaba la columna.

La enorme masa de las rocas inclinadas sobre profundos abismos y cubiertas de gigantescos pinos al borde de las estrechas veredas por las que se avanzaba, inspiraban una admiración terrorífica.

Se acampò en el punto llamado "La Generala" à solo tres leguas de Guerrero en un terreno apropósito para la instalación de la fuerza.

Esa noche aún hubo alguna animación; se encendieron las fogatas cuyas rojas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, y haciendo proyectar á los enormes pinos sombras extrañas, dieron un aspecto muy pintoresco al campamento.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el dìa, á causa de un incidente curioso. La caballada del 5º Regimiento, relativamente cercana á sus cuadras en Guerrerro, burlando la vigilancia de la tropa, en tropel y á galope la emprendió por el camino recorrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu regularmente triste del joven oficial y era que encontraba verdadera

fruición en aquella naturaleza ruda y vigorosa de la Sierra.

Se abandonó á una meditación dulce y tranquila que le quitó los temores del porvenir en el que tuvo confianza.

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aùn podía hacer mucho y ser ùtil y luchar por la existencia y experimentar los goces supremos del triunfo?

Saludable reacción se verificaba en èl. Tenìa el presentimiento de asistir á un drama terrible que templarìa su ser con sus escenas conmoveedoras que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las horas críticas de la vida.

El prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba lentamente; á veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando á los flancos negros abismos que causaban vértigo; á veces el descenso atrevido por pendientes cortadas casi á pico ó sinò, la marcha en una fila; soldado tras soldado; por desfiladeros estrechísimos; largos cañones en el fondo de dos formidables paredes.

Miguel, aterrado se preguntaba ¿porque no los aniquilaba el enemigo en aquellos lugares donde diez hombres podrían destrozar una división?

En efecto, el enemigo que iban á combatir, conocedor perfecto de aquellas montañas, ¿porquè no los sorprendía cuando diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos en un terreno guijarroso y abrupto?

No se necesitaba mucha audacia para eso. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomóchic, esperaban en su propia casa la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra donde tenían la conciencia de ser invencibles.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

Por lo tanto muy pocas precauciones se tomaban.

A veces los nacionales eran destacados á los flancos por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno; pero era evidente que en caso de ataque solo habrían sido los fatídicos anunciadores de la catástrofe.

A la una de la tarde se hizo alto en "Peña Agujerada" donde, matada una res, se repartió carne y harina por todo alimento del día á la tropa.

A las cuatro la columna prosiguió la jornada que no se pudo rendir, sino hasta las 11 de la noche, atravesando varias veces el río.

Aquella caminata nocturna tan atrevida, en las tinieblas produjo terrible impresión en el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas agigantadas por la sombra.

Los soldados, agobiados de fatiga, con la mochila y municiones, destrozados los pies por la viva roca por la que caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo.

El fondo de los precipicios tomaba en la sombra, proporciones ingentes, cuando se escuchaba el medroso rumor del agua de los rios ó arroyos.

Los caballos del 5º Regimiento y de los oficiales avanzaban con los ojos fosforsecentes, espantados, marchando, abandonados á su propio instinto, resistiendose á pasar el río, resoplando ruidosamente y produciendo bajo sus cascos una explosión de chispas.

Llegaron á Rio Verde, donde se instaló con grandes precauciones el campamento.

Se había recorrido más de la mitad del camino y se dictaron más serias providencias, estableciendose algunas avanzadas en donde fué nombrado de guardia Miguel, por lo que le fuè imposible dormir.

Sobresaltado estuvo paseando toda la noche, carabina en mano, recorriendo los puestos, temiendo una sorpresa y abriendo los ojos, espantado ante la negrura de la noche.

Al día siguiente, todos los paisanos ó militares no uniformados, ataron, por orden del General, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales se les obligó á quitar las espiguillas è insignias de sus uniformes.

Se trataba de esta manera de evitar ser los principales blancos del enemigo que como ya sabían, cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes distinguiéndolos perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fuè muy corta, de "Rio Verde" á "Las Juntas," tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomóchic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadisima por ser toda una gran ascención en caminata y por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.